

A harbor scene with several fishing boats on the water. The boats are primarily blue and red, with some having white accents. They are equipped with fishing gear, including nets and cranes. The water is a deep blue, and the sky is a lighter blue, suggesting a clear day. The boats are scattered across the frame, with some in the foreground and others in the background.

antofagasta

en 100

palabras

**Los 100 mejores
cuentos de la
duodécima versión
del concurso**

**ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA DUODÉCIMA VERSIÓN DEL CONCURSO**

© Fundación Plagio
Mayo de 2022

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño de Portada | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite Castillo
Diagramación | www.triangulo.co / Josefa Méndez Amunátegui
Fotografía de Portada | Filip Carrasco Haman

Inscripción n° 2022-A-2819 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-47-7
Tiraje: 20.000 ejemplares
www.antofagastaen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

antofagasta

en 100

palabras

**Los 100 mejores
cuentos de la
duodécima versión
del concurso**

**ESCONDIDA | BHP
Y FUNDACIÓN PLAGIO
PRESENTAN**

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 29 de abril de 2022
en www.antofagastaen100palabras.cl

**antofagasta
en 100 palabras**

A través de las diferentes miradas que dieron vida a los cien cuentos que reúne este libro, puedes conocer vivencias, pensamientos y recuerdos de los habitantes de la Región de Antofagasta, de quienes han vivido años en esta ciudad y de aquellos que poco a poco han encontrado su hogar en este territorio. Un registro sin precedentes que permite recoger la voz de todos y todas.

En estas páginas podemos leer historias locales, como por ejemplo la de una profesora de Antofagasta que se prepara para dar sus clases online y procura cuidar la imagen de su humilde hogar en la pantalla; podemos asomarnos a los sueños inconclusos de un interno en un centro penitenciario que se imagina caminando por el parque Japonés y el Balneario Municipal, o al recuerdo del icónico Chico de las Conchas en los ojos de un niño de diez años.

Para Escondida | BHP es un orgullo ser parte de este proyecto que durante sus trece años de vida ha construido un relato único de identidad regional con más de 50 mil cuentos originales. Esta cifra demuestra que la escritura sigue siendo una herramienta clave para plasmar las memorias y anécdotas vividas en cada rincón de nuestro territorio.

Esperamos que la lectura de estos relatos colectivos inspire la creación de nuevas historias y siga sumando cada año más voces que plasmen la diversidad de la región.

ESCONDIDA | BHP

Despertar la imaginación para relatar la vida en la región. Esa es la invitación que hacemos a todos los habitantes de la Región de Antofagasta para dar vida al proyecto ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS en cada una de sus ediciones.

Historias reales o imaginarias, que transcurren en lugares que reconocemos o de los que alguna vez hemos escuchado, donde aparecen personajes que nos son familiares desde la infancia o en las que surgen seres mitológicos. El objetivo siempre ha sido que niñas, niños, jóvenes y adultos se animen a relatar su día a día. Y así es como hemos recibido más de 50 mil relatos breves.

Durante estos trece años de historia del concurso de cuentos breves, desde Fundación Plagio nos hemos propuesto motivar a personas de todas las edades a conectarse con su propia creatividad, con sus propias experiencias e ideas, para participar en este espacio único de expresión y seguir construyendo la memoria de la región.

Te invitamos a leer esta selección de cien cuentos, que relatan recorridos por el desierto, anécdotas en la playa, historias de infancia y vivencias durante la pandemia. A través de ellos podemos conocer un poco más de la vida en la región y también de nosotros mismos.

FUNDACIÓN PLAGIO

El Médano

En la cordillera de la Costa, muy cerca de Paposo, viven ballenas coloradas. Habitan en una quebrada llamada El Médano, que se ubica entre un bosque de flores mágicas y un pueblito que estudia los planetas. Cuando se pone el sol, llega la camanchaca y baña los imponentes cerros, simulando ser un vasto océano puro para que aquellos cetáceos puedan nadar libres, como lo pintaban los camanchangos.

FLORENCIA VILLAGRA, 24 años, Taltal.

Recuerdos de José Francisco Vergara

Recuerdos con olor a «pasto verde». Recuerdos jugando por el teatro, la escuela, la plaza o la piscina. Cachichosos recuerdos que se esconden en el Club de Empleados, en Jabas mineras, en la pulpería, el mercado o el hospital; que saltan al estadio de fútbol, corretean al techado y a la cancha de básquetbol; saludan a Juanito de la Pampa, a Ramoncito; que, sentados en el kiosco de la plaza, escuchando a la Banda del Litro, esperan que pase la micro Solari, Barrios, Cóndor o Camus para que sus ocupantes vean cuando enarbolan blancas banderas que dicen «Vergara nunca muere».

JOSÉ ARCE, 73 años, Calama.

El que madruga

Te levantas temprano y revisas que todo funcione. Los cables están bien conectados, los aparatos tienen la batería cargada, por si acaso, y las actividades están listas y programadas para mandarse. Te sientas frente a la computadora, para probar cómo se ve tu imagen. Te avergüenza un poquito, por la humildad de tu hogar, pero igualmente encuentras un rincón de fondo que se ve bonito. Te tomas un café, ya conectado. Esperas impaciente. Cuando llega el primero, se te hincha el pecho y te pican las manos. Hola, profe, te saludan. Y tú sonríes. Así comienzan tus días.

PAULA BERMÚDEZ, 30 años, Antofagasta.

Resurrección

Durante mucho tiempo se habló del descubrimiento de un refrigerador enterrado en pleno centro de la ciudad. Cuando por fin pudieron abrirlo, encontraron a un hombre cubierto de barro que dijo haber sido escondido ahí por su mamá, mientras la noche y los cerros sepultaban incontables vidas y el lodo inexpugnable moldeaba para siempre las calles de Antofagasta. El hombre tenía treinta años.

CARLOS RENDÓN, 26 años, Antofagasta.

El funeral

«¡Cabros, viene un “juneral”!», gritaba alguien, y todos los que vivíamos allí, donde arrendábamos cuartos, salíamos a mirar. Eso acontecía siempre, puesto que todos los días moría alguien. Nosotros vivíamos en 14 de Febrero, a dos cuadras del cementerio. En mi inconciencia de niña, sin tomar en cuenta el dolor ajeno, deseaba que el muerto siempre fuera un panadero, porque así vendría en el cortejo mi padrino, que tenía el mismo oficio. Él me daba un peso, con el cual corríamos al almacén Colo-Colo en la esquina y comprábamos pastillas y galletas molidas. Era un gran banquete para nosotros.

TERESA CÁRCAMO, 78 años, Antofagasta.

Recolectores

De niño solíamos recorrer la pampa. Mi padre buscaba alambres para vender y parar la olla, mientras yo buscaba, entre las rocas, lagartijas y calas de bebidas. Hoy recorro la costa buscando piures y cochayuyo, y mi hijo busca, por entre las rocas, cangrejos y conchitas.

EDUARDO CORTÉS, 49 años, Antofagasta.

Nacer dos veces

La primera, en 1949, fue bajo un nombre y un cuerpo que siempre le fueron extraños, aun cuando su padre minero y el Liceo de Hombres trataron de moldear lo inevitable. La segunda comenzó tras bambalinas, arreglando las pelucas de las bailarinas del Blue Ballet. Luego, al entregarse con insólito atrevimiento a la ciencia médica como pionera continental para un cambio corporal, se volvió una estrella de los escenarios y estampó en el letrero de la peluquería de barrio, en la que trabajó hasta su muerte, el que sería su verdadero nombre: Marcia Alejandra.

FELIPE ANDRADE, 32 años, Antofagasta.

El lobo de la caleta

Un día en la tarde, paseando tranquilo por la caleta, me detuve a observar a los lobos marinos. Había uno solo nadando; era un lobo bastante obeso. Estuve unos minutos observándolo, hasta que noté algo raro en él: podía ver cómo comenzaba a inflarse. Llevaba bastante tiempo así, pero yo no me había percatado. Miré a mi alrededor y pude ver cómo las personas comenzaban a preocuparse, ya que el lobo no paraba de hincharse, hasta que llegó a un punto en el que comenzó a flotar, tal como si fuera un globo.

PRISCILA ASCENCIO, 15 años, Antofagasta.

Noche pampina

En ese breve instante, al levantar la cabeza, la Vía Láctea seguía allí, firme.

ALEJANDRO PINTO, 69 años, Antofagasta.

Completo y arepa

MENCIÓN HONROSA

Como invisible con mis audífonos y el rock que me envuelve al caminar, recorro las calles céntricas de mi ciudad, me detengo en cada esquina, tratando de encontrar un lugar amigable donde poder servirme un completo y una Pap. Con poco éxito y con un hambre que no puede más, me convengo de que me fue mal y sin ganas me siento en una de las muchas cocinerías al pasar. Me quito los audífonos tímidamente, y de inmediato una buena salsa caleña junto a una gran arepa me hacen olvidar aquel completo, el rock y la Pap.

LUIS ALEGRÍA, 47 años, Antofagasta.

Salió la luna

Un campesino con su burro lleva un cadáver al cementerio más cercano. Pronto se hará de noche y todavía no llega a Ollagüe. Entonces toma agua y dice: «Tengo que apurarme, salió la luna». Desde el cadáver se escucha una voz: «¿Salió la luna?». El pobre campesino del miedo salió corriendo del lugar.

NELLY TUNA, 27 años, Ollagüe.

Albacora

Cinco días en altamar, cerca de Paquica. Quedaba gasoil solo para un día. Teníamos que bogar para volver. Cansados, con sueños desvaneciéndose entre las olas, arriesgando no llegar al parto, seguíamos tercos, esperanzados en hallar esa albacora milagrosa. Nada en el horizonte, solo marejadas. El movimiento del bote nos aletargaba. De pronto el grito «albacora a la vista» nos removió el alma. Alertados por experiencia, juramos atraparla. Esa albacora significaba mucho; larga, difícil y sangrienta tarea, pero lo logramos. Otra vez la mar nos dio sustento, autoestima y alegría. Al recién nacido, ese mismo día intentaron –inútilmente– llamarlo Albacora.

TERESA MOYA, 76 años, Antofagasta.

Carbunclo

En el árido desierto mi espejo refleja los rayos de la intensa luz. En la noche soy confundido por el brillo y movimiento de una luciérnaga. Soy un ser sensible, pero me protejo como roca. Soy buscado por oro y plata cuando lo único que quiero es saber la proveniencia de esas luces cegadoras que inquietan a mis sentidos. Soy rojo como el rubí y raro como el diamante. Soy un ser mitológico que llama la atención de personas avaras, pero aunque me busquen, no pueden hallarme en el desierto de Antofagasta.

MACARENA SALINAS, 13 años, Antofagasta.

Mi último deseo

¿Si me dieran a elegir un último deseo para el fin del mundo? Elegiría salir de mi casa, ubicada en calle Valdivia, población Lautaro, tomar la liebre 4 o 3 en avenida Cautín (hoy avenida Antonio Rendic) y llegar al parque Japonés, a paso lento. Caminar hacia la puntilla del Balneario Municipal. Y ahí, te abrazaría fuertemente. El viento golpearía, siendo testigo un pájaro cormorán o una gaviota. Tú y yo juntos como siempre en un ocaso antofagastino de un verano del año 1994.

MOLEDI, 41 años, Antofagasta.

Cuento escrito en un taller literario
en un centro penitenciario.

El león sediento

Cuenta una historia de Antofagasta que en las noches de verano muy seco el león de la plaza Colón baja de su pedestal y camina lentamente hacia la pileta; allí bebe agua hasta que se cansa y luego juega, corre y brinca por todas las bancas y jardines antes de volver a subirse a su pedestal de piedra; es por eso que la plaza amanece con el piso mojado; las personas lo saben pero prefieren decir que son los empleados municipales que hacen aseo, y nadie comenta lo que pasa de verdad.

MANUEL CASTILLO, 58 años, Antofagasta.

Víctor y yo

De niña me asustaba el viejo de barba que vagaba por el centro, pero lo superé cuando lo encontré bailando envuelto entre la gente, que apenas lo miraba. La dictadura hizo naufragar su vida, cuando yo empezaba la mía. Crecí, fui madre en medio de un estallido social y una pandemia, mientras él siguió tal cual. Ayer lo encontré cerca de mi casa y le llevé almuerzo. Comió sin apuro y descansó en la vereda a pleno sol. Después recogió piedritas y con ellas dibujó una flor afuera de mi puerta. ¡Gracias!, grité, pero iba distraído, conversando con su sombra.

GLORIA PEDRAZA, 44 años, Antofagasta.

El fantasma de Antofagasta

Por las mañanas el fantasma de Antofagasta saca al sol de las montañas, que resplandece con su brillo las ventanas y nos despierta. Al mediodía juega con las palomas de la plaza Colón. En la tarde admira a los animales del mar; queda sorprendido con los lobos marinos, particularmente con Leopoldo, un lobo al que bautizó con ese nombre. En la noche mete al sol y saca a la luna, se toma un té caliente, lo sopla, y llena de un viento cálido la ciudad. Al final el fantasma duerme calentito y tranquilo escondido entre las montañas.

ESTEBAN HERNÁNDEZ, 11 años, Antofagasta.

Cine Colón

La pantalla inmensa me saludó apenas entré por el pasillo oscuro del salón. Se estrenaba la película *Tiburón*. Desde ese día, mi fobia a aquellos escualos no hizo más que crecer. El mar extenso y una aleta asomando de vez en cuando se volvieron mi peor pesadilla. Solo volví a entrar al cine a los ocho años, con el estreno de *Jesús de Nazaret*. Me confortó ver su figura en aquella pantalla, y que me hablara de milagros.

CLAUDIA SILVA, 52 años, Antofagasta.

El chico que quería ser músico

Pedrito vivía con sus padres y su hermano. Su sueño era ser un gran músico, pero su padre, que era pescador, quería que Pedrito continuara la tradición y se lo llevó a trabajar para que aprendiera el oficio. Pero Pedrito, cuando podía, se arrancaba a la playa, y así descubrió que de las conchas podía sacar muy buenos sonidos. Se le ocurrió recorrer las calles de Antofagasta mostrando su música con las conchas, que junto con su picardía llamaba mucho la atención, y la gente se juntaba a su alrededor. Hoy es recordado como el Chico de las Conchas.

MATÍAS LAGOS, 10 años, Antofagasta.

Patitas con tierra

El ferrocarril suena como alarma, misma hora todos los días y a levantarse. Es casi poético cómo pasan las placas de cobre, todas ordenadas geométricamente, y me dejan un trecho mínimo para mirar hacia el otro lado, donde debo empezar a probar suerte. Camino y me aclaro la garganta, tengo sed. Lo que más me gusta de estos paseos es que soy un fantasma para casi todos, aunque a veces desafío a la muerte y me enredo en peleas. Al final del día mi esquina sigue ahí, tal como la dejé; Evaristo me mira orgulloso.

CONSTANZA GUZMÁN, 26 años, Antofagasta.

Pan con mantequilla

PRIMER LUGAR

Desierto y mar entre pecho y espalda. Auto en pana. Sin señal. 17:21. De Tocopilla a Antofagasta. Las nubes están bajitas y rozan los cerros. Comer pan con mantequilla y mantener la calma. Esperar el auxilio. No hay otra opción.

BENI ZAMBRANO, 35 años, Antofagasta.

Se derrumbó La Portada

Estaba viendo la tele cuando mostraron imágenes del derrumbe de La Portada. El periodista dijo que el puente natural de roca se erosionó y cayó; solo quedaron dos pilares, desapareció el arco majestuoso bañado por las olas. Agradecí haberme tomado fotos cuando aún estaba erguida, y entonces escuché que la noticia no era de Antofagasta, sino de las islas Galápagos.

ELIZABETH DIAZ, 47 años, Antofagasta.

Único sobreviviente

Todo empezó una tarde, desperté desorientado y con un dolor interminable en mi nuca. Me levanté, miré a mi alrededor y observé que nada estaba como antes. Parecía todo desconocido para mí, estaba oscuro. Un frío intenso me recorrió la espalda; me sobresalté por la ansiedad de saber qué estaba ocurriendo. Empecé a caminar lentamente y a lo lejos pude visualizar unos papeles arrugados. En ellos leí la fecha 3 de abril del 2027, Antofagasta. Lo demás estaba borroso, pero pude ver la palabra «positivo» y un computador. Decidí escribirle a alguien: «Hola, soy...». No recordé mi nombre.

BRANDON PARRA, 13 años, Antofagasta.

Adiós al amor

En esos años de ímpetu juvenil nos juntábamos en el Balneario los fines de semana, en verano todos los días. Ahí planeábamos cómo irnos a playa Amarilla, a las discos o a la casa de algún amigo. En la playa la vi por primera vez, a quien recuerdo como el mejor amor de verano –fue el del 89–, cuando se bajó de otro auto con sus piernas largas. Nos gustamos con la mirada y pasamos la velada disfrutándonos. Así aprendí de la ausencia, en Díaz Gana con Argentina, por ese primer y último largo beso de andén.

ERIC SOTO, 48 años, Antofagasta.

Atardecer del 100

10 nubes, 15 gaviotas, 20 colores, 25 minutos y 30 historias iguales en Instagram.

ANTONIA CAMPOS, 21 años, Antofagasta.

Me encontré con Maradona

Anoche iba caminando a las 21:50 horas, diez minutos antes del toque de queda, por calle Prat con Latorre, en una noche viciada –diría estrellada, pero ya está demasiado trillado–, con las zapatillas desabrochadas, el asfalto brillante golpeando mis ojos a pesar de que era de noche, y sin saberlo ni quererlo, me encontré con Maradona en la calle, sin mascarilla.

RONALD BARRAZA, 32 años, Antofagasta.

Animitas

Ciento veinte pequeñas casitas desoladas son la decoración intermitente del desierto entre Antofagasta y Calama. Las conté una a una, saludándolas, en son de que sus espíritus habitantes me cuidaran mientras manejaba desde la Perla hasta el Oasis.

MARÍA REYES, 44 años, Antofagasta.

Sigue la huella

MENCIÓN HONROSA

Cuando sientas que los enanos se te arrancan pa'l cerro, corre con ellos, pero en dirección al Mercado Central. Recuerda que Alicia persiguió al conejo blanco y tuvo mambo hasta que despertó. Invéntate una cita con un gato y degusten juntos una paila marina, una chorrillana o una reineta frita con agregado. Procura que el felino no sea de naturaleza silvestre, cósmica o de sonrisa eterna. Nada de plagios. Las interpelaciones no están hechas para locos antofagastinos nivel Dios.

MARCELA FIGUEROA, 51 años, Antofagasta.

Atardecer en cuarentena

Durante nueve meses solo pude ver el reflejo del atardecer en el ventanal de mi vecino. Lo sigo observando desde el mismo lugar, pero ahora con un bebé en brazos que aún no conoce el mar.

CARLA CHACANA, 31 años, Antofagasta.

Panchito

Llegó a casa pequeño, inquieto, juguetón. Mi hermano hizo de él su compañero. Querido por todos, se ganó su espacio. Un día mi madre dejó Calama para trasladarse a Quillota. Panchito, ya adulto, la siguió sin que nadie se percatara de ello. Mi hermano sufría por su compinche y le rogaba a su China de Ayquina para que volviera. Antecediendo Navidad, dos perros de blancura radiante se manifestaron en la casa. Extrañado, mi hermano salió a verlos de cerca. A pocos metros, Panchito, muy maltrecho, se acercaba. Volteó a mirar los perros blancos; ya no estaban. Le habían devuelto su Panchito.

VÍCTOR GUTIÉRREZ, 67 años, Antofagasta.

El antiprotocolos

Llegué del extranjero en plena pandemia. Después de unos meses afuera, necesitaba un recibimiento con globos y pancartas, pero ni siquiera tuve abrazos o besos. Solo conté con los rayitos de sol nortino escabulléndose por la ventana del tránsito. El sol, sigiloso, trató de llegar a mí atravesando escudos faciales y mascarillas. Él, temerario, me dio su beso de bienvenida.

ROCÍO REYES, 28 años, Antofagasta.

Baño químico

Van dos minutos, y Lauri no sale del baño químico. Una mujer le da puñetes a la puerta plástica de la caseta azul incrustada en la tierra. Lo hace porque es la primera de la fila. Hay veinte personas del campamento esperando su turno. Son sesenta segundos calculados para satisfacer las demandas del cuerpo, y si Lauri se pasa, además de los insultos, la sacarán a la fuerza del cuartucho azul. Con picazón de garganta y náuseas que aprietan el esófago, se desprende de sus intestinos la palomita negra, para deshacerse en el metálico líquido azul.

ISIDORA RAMOS, 18 años, Antofagasta.

Viaje a la realidad

Cumpliendo su sueño, retornaba a Antofagasta en diciembre. Cuatro décadas de exilio quedaban atrás. Repuesto del viaje, visitó el Balneario Municipal, adentrándose en la puntilla, desde donde escudriñó exhaustivamente la ex Poza Grande mientras su mente escarbaba recuerdos. Allí había aprendido a nadar. Súbitamente una vieja y desatendida afección cardíaca lo desvaneció. Al volver en sí, impactó con la inequívoca realidad: despertaba en una cama de un hospital escandinavo. El viaje bajo sueño anestésico había terminado. Un médico sueco que lo observaba se aproximó y le dijo: «¡Señor, la operación del bypass fue exitosa!».

MANUEL DÍAZ, 74 años, Antofagasta.

Al final del recorrido

En el terminal de las micros 14, un chofer cansado mete la cabeza en un balde con agua.

RODOLFO HENRÍQUEZ, 42 años, Antofagasta.

Mi primera bombita

Inhalo muy profundo, cierro mis ojos y me neutralizo con el paisaje. Observo desde lejos a mi madre y abuelos. Producto del nerviosismo y la brisa marina, mi piel se eriza y mis latidos se aceleran. Mi padre comienza la cuenta regresiva: 3, 2, 1, y nos lanzamos de la balsa del balneario. Contengo la respiración. Mi cuerpo se mueve al ritmo del mar. Me revuelvo con él. No pienso nada, me dejo llevar por el vaivén delicioso que dura segundos, y una fuerza ascendente me empuja a la superficie, y respiro profundo entre risas y chapoteos, flotando en el mar feliz.

FRANCIS SEGOVIA, 12 años, Antofagasta.

Procesión

Era hora de la procesión. Ya se sentía el cansancio pero todos estaban ahí, firmes y preparados. No sabía a qué me enfrentaría, era mi primer año bailando. Cuando comencé a subir el cerro, se abrió ante mí el desierto inmenso, los volcanes, las quebradas, el viento, el sol, nuestra madre. Miré hacia atrás y entre colores y chusca vi cientos de sonrisas de bailarines promesantes, quienes marcaban el camino con la alegría de haber saludado a la Chinita. Desde ese momento la procesión es para mí el abrazo fuerte que damos a la madre antes de salir.

ROMINA GONZÁLEZ, 31 años, Calama.

El errante

Después de todo, recién conocí mi ciudad cuando me fui.

ANDRÉS VILLALÓN, 25 años, Calama.

El pañuelo de Luna

La Luna es una gata muy curiosa, le encanta explorar. Fue rescatada de un incendio en Tocopilla y por eso es tan negrita. Ahora vive en Antofagasta conmigo. Su misión es defender y proteger a los que ama, aunque eso me signifique recibir regalos como baratas y polillas muertas. Una vez trajo un ratón y mi mamá casi muere. Un día encontró algo muy raro. ¿Qué es esto?, ¿un pañuelo? Entonces decidió quedárselo y usarlo en su collar; menos mal no era un calcetín. Mi linda Luna Estrella de los Rayos es mi hermana, amiga y compañera en esta pandemia.

PASCALE PIZARRO, 10 años, Antofagasta.

Empampada

Habito este vagón abandonado cerca de María Elena hace mucho tiempo. Mis padres creyeron que huí con un hombre y no me buscaron. Y sí, huí con alguien que me trajo hasta aquí. Luego, la oscuridad más rotunda que he conocido invadió mis sentidos. Algunas parejas vienen, casi siempre al atardecer, se aman furtivamente, ignorando mi presencia. Otros, los que me presienten, abren los ojos escudriñando los rincones oxidados del vagón y no se atreven a entrar. Muchos se toman fotografías y yo, con la esperanza de que alguien me encuentre, poso junto a ellos.

JENNY FUENTES, 57 años, María Elena.

Tengo hambre

Tengo tanta hambre que miro el sol e imagino una tremenda hamburguesa con mucho queso. Si algún día viajo al sol, le daré un tremendo mordisco.

RENATA ALCAYAGA, 7 años, Antofagasta.

Misión secreta

En el centro de la plaza Colón hay una torre de reloj, si observas con atención verás que existe una puerta. Si te animas y la suerte está de tu lado, las palomas guardianas te dejarán pasar. Una vez adentro, tendrás que ordenar de nuevo los cables del tiempo para viajar al pasado. Cuando lo hagas, haz un TikTok (se hará viral) y advierte sobre la pandemia.

ALONDRA BARRAZA, 30 años, Antofagasta.

La última cumbia

Pedro Guerra está hospitalizado, le quedan minutos de vida. Segundos. 59, 58... No siente dolor, pero no es el final memorable que habría imaginado. Dónde están los aplausos, el sonido guachaca de su radiocasetera. Pedrín es un rockstar, un crack... 28, 27... y, como toda estrella, se soñó muriendo en el escenario. Entonces imaginémonos una calle, la cajita de zapatos y al Chico traqueteando sus conchas al son de una última cumbia. La cumbia de un cuerpo gastado, desvaneciéndose entre graciosas contorsiones y golpecitos acompasados. 10, 9... El final es inminente. 2, 1... Muslo derecho, rodilla izquierda. Codo, muñeca... cero.

FELIPE ESPINOSA, 49 años, Antofagasta.

A distancia

Recorrió seis regiones en bus para verme y estar conmigo durante dos semanas. Supongo que eso es amor, mientras todo esto se convierte en oasis.

PABLO CEPEDA, 27 años, Antofagasta.

Las comadres de plaza Colón

Ya hace más de cien años se reúnen, acompañadas de su guardián, un felino de pocas pulgas, dos señoras vestidas de bronce en una de las esquinas de nuestra plaza Colón. Me imagino qué copuchas compartirán de las muchas conversaciones que escuchan a su alrededor.

ROBERTO STOLZENBACH, 42 años, Antofagasta.

La chinchilla

Una vez yo estaba durmiendo y de pronto soñé que era una chinchilla. Podía ver todo el amanecer y el atardecer. Una noche me di cuenta de que había algo raro: ¡el mar era plateado y las montañas doradas! Cuando fui a investigar pude ver todo Antofagasta, incluso La Portada. ¡Era genial! Me sentía libre. Cuando desperté, me acordé de mi hermosa aventura, que sueño con hacer realidad cuando termine la cuarentena: mirar un atardecer junto a mi hermosa amiga chinchilla.

MAXIMILIANO VÁSQUEZ, 7 años, Antofagasta.

Última lata

Con la Juanita nos tomamos unas chelas clandestinas en la costanera, le conté mis dramas, y ella, sus penas de amor. Nos reímos un poco hasta que el viento sopló las velas. Le dejé la última lata que me quedaba y le prometí que para la próxima le traía flores.

STEPHANIE LAYANA, 30 años, Antofagasta.

QP

Esa noche fue arrastrado calle abajo por el barro, golpeándose con piedras y palos de varios tamaños, hasta topar con algo duro y plano que estaba verticalmente atascado en medio del alud. Con las pocas fuerzas que le quedaban se aferró a aquello y no lo soltó más. La oscuridad apenas le permitía ver. Tiritando de frío, con la primera luz del alba vio que era una gran cubierta de madera con letras que decían «El Quita Pena». En el día del aluvión de Antofagasta, ese letrero le salvó la vida.

RAFAEL RAMOS, 54 años, Antofagasta.

Eterno retorno del desierto

Mi abuelo paterno nació el mismo día que yo. Cuando murió, yo apenas había nacido, y se vino a despedir. Mi abuelo, un obrero de las salitreras, un hombre de la pampa. Yo, contrariada mujer, por intuición, me dispuse otros caminos. No quise romper con chuzo la tierra, soy la veta y roca etérea, ánima de la carretera. He caminado los mismos sitios que mi abuelo en otros tiempos, entre otras calles y otros rostros. Aun así, estamos hechos de la misma historia: viento, sol y abrigo. Árido frío y noches que se estrellan solitarias descifrándonos en el ser: desierto.

NELA CARVAJAL, 25 años, Taltal.

Santo remedio

Una vez, cuando vivíamos en el Aeródromo de La Chimba, yo y mis tres hermanos estábamos enfermos, con mucha tos. El doctor Manuel Echániz le dijo a mi padre que lo mejor para quitarnos la tos compulsiva era que un piloto nos llevara a volar «arriba de las nubes». Un sábado llegó el piloto Ángel García, que además era dueño de Radio Antofagasta. Tenía un avión viejito y de tela. Lloramos porque no queríamos ir, pero la orden era de mi padre, y fuimos y volamos arriba de las nubes. Toda una novedad. Y se nos quitó la tos.

JUAN BENNETT, 67 años, Antofagasta.

Un dinosaurio en el desierto: «Atacamatitan chilensis»

En el desierto más árido del mundo, asimilado en la tierra durante eones, volvió a ponerse en pie un verdadero titán que tenía algo de montaña o de océano. El hombre que observaba atónito lo vio mover sus pies monstruosos y alcanzar con su largo cuello las ramas de primitivas araucarias. Nadie cree que pudo mirar todo aquello con solo tocar la osamenta fosilizada.

YENNY YÁÑEZ, 31 años, Antofagasta.

La Portada

La primera vez que vi La Portada me pareció que era una gran entrada para el sol. Aún no sé si lo es, pero creo que es posible.

MATÍAS AGUILERA, 9 años, Antofagasta.

Barbies de feria

Recuerdo como si fuera ayer aquel domingo con sol de verano en que me dispuse a visitar y recorrer la famosa Feria de las Pulgas. Largas avenidas con millares de personas e infinidades de puestos hicieron que mis ojos se convirtieran en los de un camaleón y justo en ese momento, cuando mis pupilas dieron un giro en 277 grados, pude ver a cinco amigas que en medio del caos humano exhibían sus cabelleras rubias al viento, con un bronceado perfecto, trajes de baño y cintillos hechos a crochet, cada una en tres mil y las cinco por diez mil.

FRANCISCO NAWRATH, 32 años, Antofagasta.

Algún lugar

Todo estaba silencioso. Sentía el suave olor a crema. La larga cortina tapaba la ventana, menos una parte por donde llegaba el sol a mis pies. Estaba sola. Había varios muebles llenos de cajas, uno de ellos con vasos de hace días; todo estaba lleno de pañuelos y de ropa tirada en el suelo. A través de las cortinas color vino, vi el mar, los autos pasando por las calles, esos largos edificios y ese mar infinito que sigue hasta el fondo. Aún sigo sin ver su final.

AMELIE ALVARADO, 12 años, Antofagasta.

Orgullo de antaño, silencio pampino

Conocí a mi abuela en el Hospital de Antofagasta, horas antes de morir y pedir perdón a mi madre. Conocí su casa; el lugar estaba lleno de santos y flores plásticas, todo bajo un manto de polvo. La casa tenía ese silbo de soledad profunda, de ese orgullo que se tapa con silencio. No había rastros de fotos, ni ecos de familia. Hasta que dentro de un velador encontré un visor de fotografías y vi dentro de él. Era una foto de mi mamá cuando niña arriba de una llama adornada con pompones; mi abuela la sujetaba.

JAN ROJAS, 33 años, Tocopilla.

Aspiradora

Se barre la casa en la mañana, mediodía, tarde, noche, medianoche, cuando hay tierra, y Taita Waira me recuerda que una aspiradora es el aparato más inútil en el desierto.

LORETO URBANO, 41 años, San Pedro de Atacama.

Grupito

Me pregunto si los lobos se juntan en el puerto para contemplar el atardecer antes de dormir.

DILAN GARCÍA, 19 años, Antofagasta.

Sayonara

Mi padre me decía que el japonés que cortaba el pelo en la esquina solo hablaba japonés y que había estado en la guerra. Yo esperaba mi turno, imaginando a ese señor cruzando las líneas enemigas, pero nunca le escuché hablar; solo miraba a través del espejo. Al despedirse de los clientes usaba siempre la misma palabra. Cuando crecí, pude volver varias veces a cortarme el cabello con él, ya muy anciano pero sin nunca perder sus rasgos. Un día me atreví y le pregunté en qué ciudad había nacido. Me miró, sonrió y dijo: «Sayonara».

HIGINIO CORTÉS, 68 años, Antofagasta.

Tiempo perfecto

Última presentación del semestre. Mis manos temblorosas pasan las diapositivas mientras repaso lo que tengo que decir. Finalmente llega mi turno y con el corazón a punto de salirse de mi pecho aprieto el micrófono; sin embargo, en vez de escucharse mi voz suena el característico cántico de las seis de la tarde: «¡Chuuurros con manjar, calentitos los churros, a dos mil la bolsita!».

NATALIA CAMPILLAY, 20 años, Antofagasta.

Pesquera entrañable

Mi madre me cuenta, cuando mira el álbum de sus fotos, que extraña la vida en la pesquera porque fue el trabajo más lindo que tuvo acá en Antofagasta. A pesar de que era esforzado, no lo cambia por nada, ya que ahí conoció distintas clases de persona. Había mucha alegría en el lugar, historias, anécdotas y cantos. Aprendió desde desconchar un marisco hasta clasificarlos, y gracias a este trabajo obtuvo su casita, y nunca le faltó nada. Ella allí fue feliz.

HUGO ADAOS, 12 años, Antofagasta.

San Pedro no está conectado al sistema interconectado

Así nomás es, si hay tormenta eléctrica al tiro cortan la luz, como funciona con generadores, no vaya a caerle un rayo a esos motores, si así es el sistema acá. Explícale tú en inglés a los turistas, porfa.

MARÍA RUBIO, 34 años, San Pedro de Atacama.

El Sapolio

MENCIÓN HONROSA

Corría 1964 y en la población La Favorecedora un hombre menudo, chascón, de greñas hirsutas, de vestimenta rasgada y haraposa, de presencia intimidatoria, subía a diario por calle General Borgoño, llevando un saco de arpillera al hombro y gritando a voz en cuello: «¡Sapolio! ¡Sapolio! ¡Vendo Sapolio!». Algunas mujeres temerosas le compraban, mientras los más pequeños huíamos despavoridos. La cocina y las ollas de los pobres se pulía con ese ceniciento polvo sin refinar extraído del mar. Durante años el hombre de figura escuálida, oscura y atemorizadora realizaba el mismo recorrido y se perdía lentamente en dirección a los arenales.

MARÍA EUGENIA RAMÍREZ, 63 años, Antofagasta.

La peluca de la Chinita

La miró fijamente a sus ojos y le dijo en voz baja: «Cuidé mi cabello por cuatro años; no tuve piojos y le hice masajes a cada uno de mis rulos para que hicieran juego con las perlas de tu corona. A pesar de que me escapé por las cocinas huyendo de las tijeras, ahora lleno mis ojos de camanchaca y dejo garuando mi corazón de felicidad. Dejo en este altar de corales toda mi fe y ofrenda para que todo María Elena se deslumbre. Nadie de esta Tirana Chica sabrá que tu cabello está hecho del mío».

ARIEL ARACENA, 30 años, Antofagasta.

Amor breve

Empezamos en La Portada y terminamos en Cerro Moreno.

MARÍA ANGÉLICA CANALES, 57 años, Antofagasta.

El primer Eliseo Vásquez

PREMIO AL TALENTO INFANTIL / PREMIO DEL PÚBLICO

Mi papá contaba que el primer Eliseo Vásquez navegaba por las costas de Antofagasta de día y de noche sin parar. Para él todo era maravilloso en el agua. Un día tomé mi mochila y revisé si tenía lo que necesitaba para mi aventura: ropa, sombrero, bloqueador y comida ¡Tenía todo para viajar! Le pedí cartulina, tijeras y un lápiz a mi mamá y empecé mi trabajo: unos dobles por aquí, otros por allá y ¡listo!: mi barco de papel. Me subí con mi mochila y empecé a navegar con mi tatarabuelo por siempre en las hermosas costas de Antofagasta.

SOFÍA VÁSQUEZ, 9 años, Antofagasta.

El gigante del desierto

Se murmura que, en la antigüedad, los seres humanos eran gigantes. Mario Irarrázabal era uno de ellos. Vivían en un lugar muy extenso, arenoso y caluroso. Un día hubo un terremoto muy grande, que hizo que él, con muchos de su parentesco, cayeran. Con el tiempo la arena fue sumergiéndolos en la profundidad, y poco a poco el fuerte viento del desierto fue dejando al descubierto una de sus manos. Hoy en día, en el desierto más árido del mundo, la mano izquierda saluda a los viajeros que se aproximan a la gran Perla del Norte.

CAMILA CISTERNAS, 14 años, Antofagasta.

Jesucristo en calcetines

Es la viva imagen de Jesucristo, con barba, flaco, tristemente pobre, sin mascarilla. Baja de la Prat B hacia la plaza Colón con el sol implacable, en frías mañanas con viento helado azotándole el rostro ya curtido. Cuando palidece el sol, regresa presuroso por Rendic, haciéndole el quite a desperdicios y a veredas rotas, descalzo, con calcetines descoloridos y gastados. ¿Quién es? ¿Dónde vive?

LUIS MONTT, 85 años, Antofagasta.

Victoria

Y en la camanchaca se desvanecía, rendida, la mujer que alguna vez deambulaba gritando por sus hijos.

SOFÍA ARAYA, 17 años, Antofagasta.

María Elena no estaba en cuarentena

Aquí trabajamos duro bajo el sol y sobre el caliche. El rigor nos ha forjado, dando a las almas templanza. Lejos de carreteras muelles y aeropuertos, quizás la muerte no podía vestirnos con su pandémico traje. Pero se las arregló para hallarnos y nos tocó con su virulenta condición. Llegó cual mortaja implacable en equipajes viajeros, en saliva, en estornudo, en tos seca. Llegó invisible y destructora, adherida a algún teléfono móvil, a un teclado, a una prenda de vestir. La virulenta y pandémica muerte nos encontró sobre el caliche y bajo el sol sin que apenas nos diéramos cuenta.

MANUEL LÓPEZ, 65 años, Antofagasta.

Nunca fue un cerro

Y un día, en medio de esos ya clásicos silencios de cuarentena, se pudo sentir un largo estruendo. ¿Terremoto? No lo creo. Solo los de la parte alta de la ciudad pudieron advertirlo de inmediato en el horizonte. Una gran criatura se levantó flexionando sus gordas patas, sacó la cabeza desde las profundidades arenosas intentando aflojar su cuello tenso para después sacudir con satisfacción el polvo endurecido que la cubría. Luego de mirarnos fijamente durante unos segundos, con frágil furia difónica emitió un sonido rasposo y ensordecedor antes de marcharse por siempre, hundiéndose lentamente mar adentro.

CARLOS RÍOS, 26 años, Antofagasta.

Recuerdos del cine Astor

Mi padre trabajó como proyccionista del cine Astor toda su vida. Era el cojo al que gritaba la gente cuando se cortaba la película. Su servicio concluyó cuando el vetusto cine cerró sus puertas por la llegada de las salas multicines asociadas a los malls. Acompañándolo a veces, vi cómo parecía no cansarse nunca de ver las mismas películas todas las semanas. Han pasado los años y el antiguo cine Astor parece cobrar vida. Después de medianoche, sus puertas parecen volver a abrir y ahí está mi padre esperando a la gente, listo para proyectar.

HERNÁN CHÁVEZ, 66 años, Antofagasta.

Un breve viaje

Todos los días vamos en el auto a buscar a mi mamá al trabajo. Y es un viaje en la misma ciudad, de norte a sur. Nos vamos por la calle que da hacia el mar y veo los atardeceres, y me quedo plasmada observándolos profundamente, analizando sus colores, formas, texturas. Pongo la música al máximo de mis audífonos y me pierdo en mi mundo, cuento las gaviotas y contemplo las olas del mar. Y mi papá ya me gritó unas tres veces, diciéndome «llama a tú mama y que nos espere en la esquina».

JOSEFA JARA, 13 años, Antofagasta.

La plancha de mi abuela

PREMIO AL TALENTO MAYOR

La plancha de mi abuela era un armatoste de fierro que funcionaba con carbón de espino. De niño imaginaba que era un buque a vapor, cuyo mango de madera era el puente de control, que mi abuela comandaba, navegando por los mares imaginarios que brotaban de mi mente infantil. Cuando ella abría la puertecilla de la plancha para echar más carbón vestido de rojo ardiente, salía un humo blanco que inundaba el aire y que para mí era la chimenea de aquel buque que vomitaba esa humareda para volver a surcar aquellos océanos fantasiosos que se secaron con el tiempo.

MANUEL GONZÁLEZ, 73 años, Antofagasta.

No es un secreto

No es un secreto que hay una señora que se sienta todos los días a cuidar las habas que crecen en la plaza (incluso en invierno).

LUCÍA GARCÍA, 31 años, Ollagüe.

Tres poderosos brotes bailarines

Somos como el canto del viento que bellas danzas forma con su movimiento, bailando en el pasado y también en el futuro hermosas danzas andinas, danzas de mi tierra. Danzando están los tres pequeños brotes de talento sanpedrino, al ritmo del caporal mantenemos las tradiciones de la Patta Hoiri. Lentamente pero exitosamente estos brotes van creciendo, queriendo ser en el futuro unos grandes algarrobos que con su gran grandeza sean capaces de tocar las estrellas y lograr igualarlas. Los poderosos movimientos de sus polleras y esas sonrisas tan grandes transforman a San Pedro en el paraíso que alguna vez fue.

MARIANH TORRIJO, 13 años, San Pedro de Atacama.

Antofa chico

Siempre llego a la misma reflexión: Antofagasta se ha vuelto tan chico que algunas veces me he encontrado con excompañeros de colegio, con mis profesores y con ese cabro en bici que tiene rastas moradas, rosadas y rubias, sé que lo han visto alguna vez.

IVÁN MOLINA, 17 años, Antofagasta.

Pedro Pampa

Vine a Chacabuco porque me dijeron que acá arrestaron a mi padre, un tal Pedro Pampa. «No vayas, es peligroso», me rogó mi mamá, pero insistí en viajar desde Ancud. Caminé bajo un sol cobrizo hasta que distinguí a un empampado: «Es por allá. Ten cuidado, hay fantasmas», me advirtió. Llegué a un hotel en ruinas y dormí hasta la noche. Cuando salí estaba todo iluminado; unos pampinos ingresaban al teatro, otros festejaban en la plaza. Deambulé hasta reconocer a un hombre que escapaba por un pabellón y lo perseguí; luego oí los fusiles y me desplomé junto a él.

ALEJANDRO GAROTTI, 42 años, Antofagasta.

Día invernal

El sol era como el fuego que quemaba mis ojos, aun con el frío invierno de aire tiritante y sol invisible, pues no entregaba ni el más mínimo calor rebuscado. Estrujé mis ropas y manos con la esperanza de que la temperatura subiera. La costa estaba vacía y el sentimiento gélido, junto al olor salado del mar, me entregaba una inexplicable paz.

JOSEFA VILLALOBOS, 15 años, Antofagasta.

Ella

Debía recorrer caminos entrelazados de piedras de colores. Los cerros multicolores, sin una sola vegetación, se alzaban orgullosos mostrando la diversidad de su alma. Abajo bramaba el mar, golpeando las rocas somnolientas. La bruma marina cubría el camino y la vida, convirtiendo su paso en un deambular lento y pegajoso. Solo a fuerza de voluntad y tesón pudo avanzar en este norte árido, que hacía a las personas serias y calladas, introvertidas y apáticas. Con el tiempo su carácter sureño se fue confundiendo con el murmullo del mar y haciéndose uno con el sol en la inmensidad.

AMÉRICA ROJAS, 66 años, Tocopilla.

Pampinas

–Abuela, tengo sal en la sangre. –Yo también, hija. Yo también.

MARCO SAID, 35 años, Antofagasta.

Los caminantes del desierto

Con o sin cuarentena, viajan a pasos agigantados por cerros y carreteras. No tienen hogar y buscan esperanza, igual que zorros y llamas. Los imagino luchando y siento pena por ellos, porque me pregunto qué se siente no tener un lugar propio para vivir.

DIEGO QUILILONGO, 12 años, Antofagasta.

¡Qué júbilo!

Jubilé hace diez años. La vejez, el cigarrillo del oasis frente al cine Imperio, el copete de la Stanka en la esquina de calle Matta y el carrete del Crazy Club me pasaron la cuenta. El estallido social y la pandemia me confinaron. Ahora, desde mi ventana en la Coviefi, veo pasar la noche. Solo, en silencio, converso con mis amigos; escarbo en los recuerdos para no perder la memoria, entre pícaras risitas. Total, lo tomado y lo bailado no me lo quita nadie.

PEDRO REYES, 77 años, Antofagasta.

Cacería

Aparece. Se acerca, viene rápido. Ya, ahora sí. Me posiciono para atacar. ¡Ahora! ¡Carajo, se me fue la 21 otra vez!

JESÚS PERDOMO, 21 años, Antofagasta.

Recuerdos

Oswaldo tenía ochenta años. Su memoria, vista y oído no eran lo que solían ser. Sin embargo, jamás olvidó la emoción que se adueñaba de su ser cuando bajaba por el cerro de la Maullin montado en un trozo de cartón viejo en busca de inocente diversión y, por sobre todo, no olvidó los golpes de su madre tras volver a casa con las rodillas ensangrentadas y una sonrisa, la misma sonrisa tonta que se plasmaba en su rostro ante el recuerdo.

KATHALINA MONROY, 15 años, Antofagasta.

Delfines creadores

Cuando era pequeña, en mi cabeza siempre existió la idea de que La Portada había sido creada por los delfines con el fin de que amigos de otras especies marinas pudieran cruzar por ahí y así poder jugar con ellos.

TRINIDAD RAMOS, 17 años, Antofagasta.

Pucará

Quizás qué sintieron cuando empezaron a prepararse para la que sería su más ardua batalla: la de la memoria.

ADRIÁN ARQUEROS, 27 años, Calama.

El amor

La vio en el supermercado. Andaba con permiso de Carabineros para hacer las compras. Ella, de vestido rojo, cuerpo estupendo y ojos soñadores (no supo el color de labios). Se envalentonó y le preguntó su nombre. Con el tiempo se encontraron furtivamente bajo un frondoso árbol de la plaza Colón, en plena cuarentena y en horario de toque de queda. ¿Eran responsables? Sí, pero el amor pudo más. Se sacaron los guantes, se frotaron las manos con alcohol gel, guardaron sus mascarillas. ¡Rostros desnudos! Anularon totalmente la separación del metro social y se besaron apasionadamente. Ni una pandemia los separaría.

WALTER IBÁÑEZ, 74 años, Antofagasta.

El foco de luz

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Sentía un aura pesada alrededor mío. Era un ambiente oscuro y gélido, escuchaba gritos. A lo lejos podía divisar un pequeño foco de luz que, cuanto más me acercaba, se hacía más grande. A diez metros se escuchaba una ambulancia bastante lejana, a los cinco metros el piso estaba lleno de cera de velas, y a los dos metros sentí que me tocaban el hombro por detrás; me giré y por un destello de luz volvió todo a la normalidad. Escuché a mi abuela pidiéndome que le pase el encendedor para prenderle una vela a Evaristo Montt.

JAVIERA ERICES, 14 años, Antofagasta.

La guerra de Uribe

Cuando caminaba por el centro de Antofagasta, podía ver la sombra del héroe y el villano combatir, las cenizas de lugares quemados, las marcas de bombas lacrimógenas. Era como caminar por un campo de guerra, una guerra en la que nunca participé.

ALICE ARAYA, 12 años, Antofagasta.

La línea inexistente

Viajé por tantos lados buscando paraísos, pero ninguna micro llegaba a La Portada.

CAMILA PINTO, 26 años, Antofagasta.

Ambos a bordo

Yo pienso que de niños compramos en el mismo almacén y rezamos en la misma basílica. Tal vez ella me sacó la lengua cuando en un campeonato interescolar su colegio le ganó al mío. Habremos hecho la misma fila para fotocopiar en la UCN, porque nuestras facultades estaban al lado. Y por azar o destino nuestros caminos se alinearon, se bifurcaron y volvieron a cruzarse, como si en nuestra infancia hubiésemos abordado un FCAB imaginario igual al que escuchamos toda la vida. A veces nos cambiamos de asiento o de vagón, pero siempre estuvimos en el mismo tren.

FARID CHAR, 38 años, Antofagasta.

La pelota de goma

«¡No jueguen con la pelota en la calle!», dice mamá, pero salimos igual. Estamos en calle Orella, muy cerca de Saavedra. Después de Navidad jugamos con una pelota de goma de nuestra hermana. Estoy mirando el mar brillante; es verano, en la tarde, hace calor. Tiro la pelota a mi hermano, la devuelve, vuelvo a hacer lo mismo. Se repite, pero el bote es muy alto y pasa sobre él. Veo con horror cómo sigue dando grandes botes, pasa avenida Argentina y la sigo mirando cada vez más lejana, más cerca del mar brillante.

CARLOS MELÉNDEZ, 73 años, Antofagasta.

La selva antofagastina

PREMIO AL TALENTO BREVE

Bastó solo una sesión de buceo en la isla Santa María para descubrir algo asombroso: Antofagasta siempre tuvo bosques.

MARCO CHAMPIN, 31 años, Antofagasta.

La salida semanal

Tarde de domingo. Como es costumbre, vamos rumbo al cine Latorre de la mano de mamá. Un cri-cri de frutas para mí y uno de menta para ella. Hoy exhiben una película de Raphael y la fila para comprar las entradas llega hasta la esquina. Por fin en nuestros asientos, esperamos la película que trae el señor de la moto, como casi siempre atrasado. Tras quince minutos embelesadas viendo a Raphael, se corta la película. Zapateo ensordecedor en el piso del cine y un griterío: «¡Ya puh, cojo!», hasta que mágicamente vuelve la película y todos aplauden felices.

SYLVANA PICCINININ, 59 años, Antofagasta.

Capricornio

Bajamos del auto para ver el comentado lugar. Me dijo que pensaba que hablaba del horóscopo. Guardó una piedra en el bolsillo.

PATRICIA DÍAZ, 32 años, Antofagasta.

Paseo semanal

Me pongo mi mejor chaqueta y salgo a dar un paseo a la plaza. Por diversión y a la vez para analizar las reacciones de la gente me pongo en el hombro algo parecido a excremento de paloma. Las reacciones no se hacen esperar: «Señor, tiene sucia la chaqueta», «Señor, ¡qué pena, lo ensució una paloma!». Soy jubilado y es mi única entretenimiento, junto con la cervecita que me tomo una vez a la semana. La pensión no da para más.

JULIO RAMÍREZ, 75 años, Antofagasta.

Detrimento

El diagnóstico que me dio el doctor a los ocho años no lo pedí yo. Dejé de ver a mi familia biológica por el camino de la adopción. Nueve años después me preguntaron «¿qué te pasó? ¿Ya no eres el mismo que nació? Tienes heridas en el cuerpo y no quieres amor.» Por la esquizofrenia perdí la fe. La calle te daña la cabeza y el encierro no te rehabilita. «Ya es hora de volver a casa.» El que no sufrió no sabrá si algún día fue feliz. «Descansa en paz, niño.»

DYLAN CASTRO, 17 años, Antofagasta.

El héroe de la población

Cuando viajábamos desde Calama a Antofagasta, me entretenía contándoles a mis hijas las anécdotas de la antigua población Covadonga, en la cual viví junto a mis padres mi niñez y adolescencia. Les mostraba a los diferentes vecinos, los caracterizaba e indicaba el sobrenombre (todos tenían uno). Les llamó la atención uno de ellos, el Héroe. Expliqué que él, sin ir a la guerra, era un héroe de verdad, pues había trabajado en el remolcador que tuvo por misión sacar del puerto al María Elizabeth cuando el fuego lo consumía, con el peligro inminente de explotar.

JUAN PICÓN, 66 años, Calama.

El Gato sin Botas

Había una vez un gato que se llamaba Gato sin Botas. Y le dicen así porque perdió sus botas en el río del dragón feroz.

EDWIN MORÍS, 9 años, Antofagasta.

Eterna juventud

Quería la eterna juventud y la conseguí. Todos los años me tomo la misma foto arriba del león de la plaza de Armas y vuelvo a ser un niño. Todos los años vuelvo a tener cinco por unos momentos.

JUAN TORRES, 33 años, Antofagasta.

La protesta

Y llegó el día en que todos se aburrieron, que no dieron más y se organizaron para crear su movimiento. La propuesta era bien sencilla: no dejar pasar a nadie, llamar la atención de los medios y dar a conocer el mensaje: «El Terminal pesquero es nuestro, siempre lo ha sido y es lo único que podemos dejarle a nuestras generaciones». Así, a la mañana siguiente, varios manifestantes se acostaban en la ciclovía, haciendo noticia nacional. Esto es lo que decían los titulares: «Los lobos marinos invadieron la ciclovía».

KAREN AVENDAÑO, 39 años, Antofagasta.

ESCONDIDA | BHP
PRESENTAN



**FUNDACIÓN
PLAGIO**

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

Participa en la nueva versión del concurso
hasta el 8 de agosto de 2022
en www.antofagastaen100palabras.cl

PRESENTAN

ESCONDIDA | BHP



**FUNDACIÓN
PLAGIO**

MEDIA PARTNERS



COLABORA

